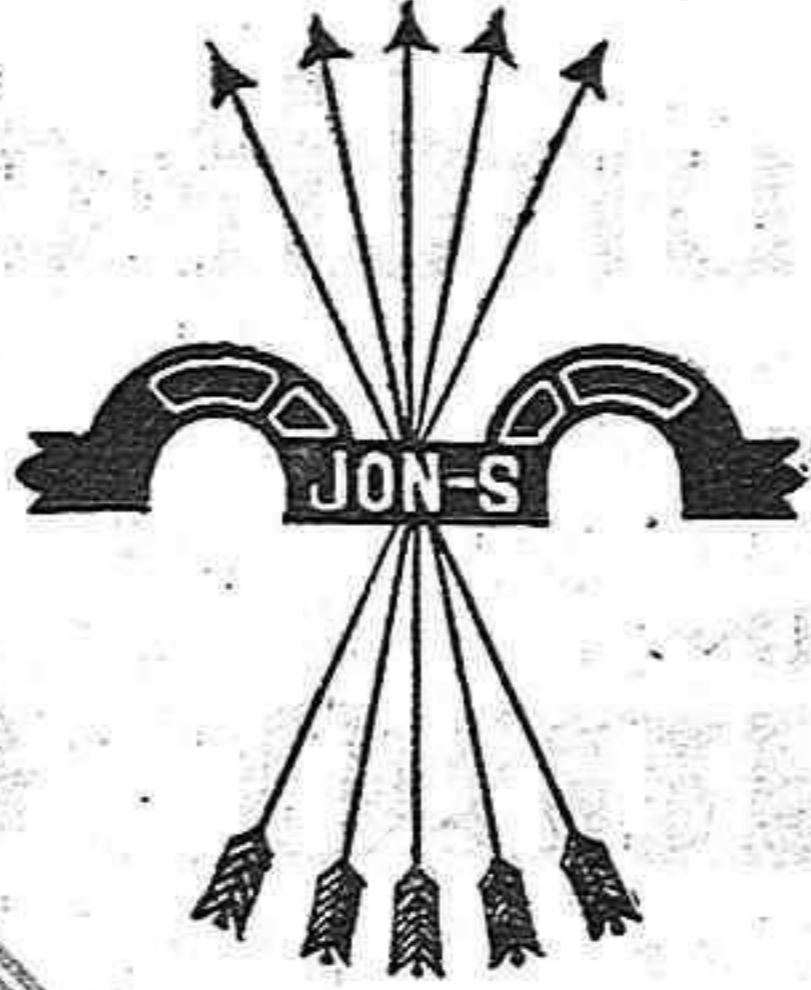


Orhatoriano

Benavente 3 de Febrero 1937

NUEVA ESPAÑA



Organo de Falange Española de las J. O. N.-S.

NUMERO EXTRAORDINARIO

Una Patria, un Estado, un Caudillo

Una Patria: España - Un Caudillo. Franco

DOS DE FEBRERO

Ayer hizo justamente un año.

Se echaban encima las elecciones y la Falange tostada por todas las intemperies de España no había dado aun mitin electoral alguno en la capital de España. Nuestro último acto público allí—el 17 de Noviembre en el cine Madrid—había sido tan perfecto en todo—masa, devoción, exactitud—que hacía falta algo verdaderamente grande para poder surgir de nuevo en la capital madrileña, siguiendo la marcha ascendente de nuestros actos anteriores.

Así llegó el día 2 de Febrero, en el que la Falange iba a dar un mitin electoral que no podía tener por escenario la Gran Vía o la calle de Alcalá, sino que tenía que ir al corazón mismo del barrio marxista madrileño, allá donde se había pretendido hacer un monopolio de propaganda roja, y allá, sobre todo, donde se agolpaban las viviendas de aquellos obreros de Madrid, a quienes unas doctrinas asiáticas y oblicuas, les habían robado su alegría, su fe y su Patria.

Y allá fué la Falange, al cine Europa y al cine Padilla, a pesar de las prevenciones de los «amigos» y las amenazas de los de la acera de enfrente. Allá fué con el ánimo alegre y templado a ser la única voz sincera en aquel coro plañidero de la propaganda electoral. A gritar la consigna electoral de un movimiento que por ser contrario a las elecciones no pedía actas, sino que exigía para todos los hombres de España, nada menos que la Patria, el Pan y la Justicia.

El mitin—como todos los que la Falange anunciaba—se dió. Se dió y las masas que quince días mas tarde iban a adueñarse en complicidad con su Gobierno de las calles de Madrid, hubieron de tolerarlo en el mas respetuoso silencio. Los que a las pocas horas iban a quemar iglesias y a asesinar gentes, no tuvieron aquella mañana el valor de impedir que en su propia casa se oyese la voz clara y rotunda de la Falange.

Camaradas de antes de aquella fecha: a vosotros no os hubiera pasado inadvertido este día. Es a aquellos que vinieron mas tarde a ser nuestros camaradas a quienes dirijo especialmente este orgulloso recordatorio y para quienes dispongo que sea leído por todas las radios posibles el discurso

que aquel 2 de Febrero pronunciara José Antonio Primo de Rivera, que nadie que vista la camisa azul desconozca el valor de aquella fecha gloriosa.

La fecha en que la Falange habló en la sede misma del marxismo.

La fecha en que nuestro Jefe Nacional, dijo:

«Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario a los eternos destinos de España, la Falange relegará con sus fuerzas, las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio. Si después del escrutinio, triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el Poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, pero sin desmayo, estaría en su puesto como hace dos años, como hace un año, como ayer, como siempre.»

Como veis, camaradas, un 2 de Febrero, la Falange inició un 18 de Julio.

Manuel HEDILLA

(Servicio de la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española de las J.O.N.-S.)
(Agencia de colaboración.)

Vigilad todos el espionaje enemigo y detened y denunciad a los autores

Discurso pronunciado por

José A. Primo de Rivera

en Madrid el día 2 de febrero 1936

El programa de las izquierdas

Por primera vez vemos a la Falange en una coyuntura electoral, y nosotros que no somos ni de derechas ni de izquierda, que sabemos que una y otra postura son incompletas, insuficientes; pero que no desconocemos, sin embargo, que en la derecha y en la izquierda, como esperando la voz que le redima, está todo el material humano de que España dispone, al encontrarnos ante esta coyuntura electoral, hemos tenido que estudiar, incluso con ojos benignos, los programas de la izquierda y de la derecha para ver si tenían algo de aprovechables. El programa de la izquierda era el más fácil de estudiar; se ha formulado con puntos y comas, con números y letras en los apartados. Y el programa de la izquierda, si se examina, tiene estas tres cosas: en primer lugar, una parte que es de puro señuelo electoral, una pura enumeración de bienandanzas; se va a hacer de España una Arcadia sin que sepamos cómo. Hay cosas tan contradictorias como el aumento de servicios—de la sanidad, de las escuelas, de las comunicaciones—y la reducción, al mismo tiempo, de los impuestos. Nadie sabe, si se van a reducir los impuestos, cómo se van a aumentar los servicios. Esta primera parte no tiene otro objeto que cazar a unos cándidos electo-

res no muy dotados de agudo espíritu crítico. Hay una segunda parte, la que se refiere a lo social, donde el manifiesto de las izquierdas—y esto convendría que los obreros lo supiesen—, se mantiene en los términos del más cicatero conservatismo. Nada que se acerque a la nacionalización de la tierra, nada que se acerque a la nacionalización de la banca, nada que sea avance en lo social. Y hay un tercer ingrediente en este programa de la izquierda que aleja todas nuestras esperanzas en orden al sentido nacional que pudiera aportar; una declaración de que será restablecido en su plenitud el sistema autonómico votado en las Cortes Constituyentes; otra declaración de que renacerán las persecuciones, las chinchorrías, las mortificaciones personales del primer bienio. Los varones de las izquierdas, reunidos para redactar un manifiesto; los varones de las izquierdas, que saben hasta qué punto hendió la concordia del 14 de abril esta falta de sentido de totalidad, de empresa nacional, cuando se ven en la perspectiva de gobernar a España otra vez, tienen el cuidado de decir que indagarán en los expedientes de los agentes de Vigilancia para comprobar su minuciosa adhesión al régimen o expulsarlos, sino, del servicio.

partido socialista revolucionario a montar la dualidad de Poderes; irá armando, junto a cada órgano del Estado, el órgano del partido socialista, el órgano del futuro Estado socialista, para que cuando esté la cosa madura, el partido socialista, ya insertado, ya penetrado en cada una de las células del Poder, no tenga sino desprender la máscara postiza de los burgueses y quedarse del todo con el Estado socialista soviético.

Si la revolución socialista no fuera otra cosa que la implantación de un nuevo orden en lo económico, no nos asustaríamos. Lo que pasa es que la revolución socialista es algo mucho más profundo: es el triunfo de un sentido materialista de la vida y de la historia; es la sustitución violenta de la religión por la irreligiosidad; la sustitución de la Patria por la clase cerrada y rencorosa, la agrupación de los hombres de todas las clases dentro de la Patria común a todos ellos; es la sustitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado, que no sólo regula nuestro trabajo, como en un hormiguero, sino que regula también, implacablemente, nuestro descanso. Es la avenida tempestuosa de un orden destructor de la civilización occidental y cristiana; es la señal de clausura de una civilización que nosotros, educados en sus valores esenciales, nos resistimos a dar por caducada.

La realidad del frente de izquierdas

Claro es que el verdadero fondo del manifiesto de las izquierdas no está en ninguno de estos tres apartados: está en el espíritu total que lo informa. El manifiesto de las izquierdas no señala sino una previa época del tránsito en que la masa fuerte, numerosa, de los partidos proletarios de combate, convida, benévola, a unos cuantos burgueses, más o menos resentidos, para que figuren en la candidatura, y como sabe que los va a desbordar pronto, como sabe que no son sino unos mandatarios internos, les deja el úl-

timo goce de que se desahoguen un poco en la substanciación de sus pequeños resentimientos.

Este no es un juicio temerario. Muchos de vosotros conocéis un periódico que se llama «Renovación». A pesar de su nombre, no imaginéis que es el órgano del dignísimo y respetabilísimo don Antonio Goicoechea, no: «Renovación» es el órgano de las juventudes socialistas, y en este órgano de las juventudes socialistas se dice, con descaro, que tras del triunfo electoral de las izquierdas, empezará el

Las derechas, 1933

Pero si así se nos presentan las izquierdas, ¿cómo se nos presentan las derechas?, ¿qué nos dicen las derechas en sus manifiestos, en sus carteles electorales? Si el rencor es la consigna del frente revolucionario, simplemente el terror, y nada más que esto. Ni un gran quehacer, ni el señalamiento de una gran tarea, ni una palabra animosa y esperanzadora que nos pueda unir a los españoles. Todos son gritos: «que se hunde esto, que se hunde lo otro». El grito que se da al rebaño en

la proximidad del lobo para que el rebaño se apiñe, se apriete cobarde. Pero una nación no es un rebaño, es un quehacer en la Historia. No queremos más gritos de miedo; queremos la voz de mando que vuelva a lanzar a España, a paso resuelto, por el camino universal de los destinos históricos.

Para consignas de miedo ya tuvimos bastante con las de 1933: Se nos dijo lo mismo: «¡Que se hunde esto. Que se hunde lo otro. Defendámoslo. Todos unidos, todos somos unos!» Al día siguiente del escrutinio ya se había pasado el susto, y, como se habían unido exclusivamente por el susto aquellos que gozaron juntos las delicias del escrutinio, resultó

El saldo de las Cortes disueltas

Como no había una ley de amor sobre la cabeza de los partidos triunfantes en el año 33, no pudieron coincidir más que en una cosa: en no hacer nada. Como necesitaban los votos unos de otros, para que aquellos votos no se les negasen hubo un acuerdo tácito por virtud del cual cada uno renunció a lo más señero, a lo más interesante, a lo más saliente de lo que podía llevar en su programa; se convirtieron en dóciles corderos los viejos anticlericales del partido radical y aplazaron indefinidamente sus tribulaciones religiosas los de la CEDA. Ya nada corría prisa, ni en lo material ni en lo espiritual. ¿Qué se hizo en lo material? Pensad en lo que queráis: en la reforma agraria, en el paro obrero, en lo que os plazca. La reforma agraria era mala; tenía un gran defecto en su planteamiento; tenía algunas injusticias en el articulado. Ya está radicalmente purgada de todos sus defectos. La ley de Reforma agraria fué anulada por las Cortes en 1933-35, y con su muerte, desde luego, se curó de todo resto de enfermedad.

El paro obrero que es una angustia que debía quitar el sueño a todo político español, nos ofrece la triste situación de 700 000 hombres que se pasan muchos días y muchas noches sin comer. 700.000 cabezas de familia para quienes el pan diario de sus hijos constituye una congoja sin remedio. Pues bien, ¿qué se hizo contra el paro obrero? Mala literatura parlamentaria. Un proyecto para remediarlo con cien millones de pesetas; otro proyecto para remediarlo con mil millones de pesetas. Al final cuando la época electoral estaba cerca, se las arreglaron de modo que ahora se están haciendo al mismo tiempo no sé cuantas casas en Madrid. Dentro de unos meses, cuando esas casas concluyan, los obreros de la construcción de Madrid ya no tendrán nada que hacer en

que al día siguiente no tenían nada que hacer en común. Para tener algo en común hay que tener el mismo sentido entero de la historia y de la política. El sentido entero de la historia y de la política, como dije en el mitin de la Comedia, es como una ley de amor; hay que tener un entendimiento de amor, que sin necesidad de un programa escrito con artículos y párrafos numerados nos diga en cada instante cuándo debemos abrazarnos y cuándo debemos reñir. Sin ese entendimiento de amor, la convivencia entre hombre y mujer, como entre partido y partido, no es más que una árida manera de sopor-tarse.

veinte años. De 400 000 y pico de obreros del campo que constituyen el núcleo más numeroso y angustioso del paro obrero, no se acordaron siquiera las Cortes de 1933.

Eso en lo material. Vamos en lo espiritual. Ahí tenéis a nuestro Ejército, nuestro magnífico Ejército, que tiene que nutrirse como siempre, de su tradición heroica; ahí teneis a nuestro Ejército, a nuestra Armada, a nuestra Aviación, sin cañones, sin torpedos, sin caretas contra los gases asfixiantes; ahí los tenéis para que si un día (que Dios no mande sobre nosotros), tiene que hacer otra vez cara a una ocasión de guerra, nuestros soldados pueden dejar a sus hijos, como les dejaron tantos militares españoles, la triste gloria de saber que sus padres dieron la vida heroicamente por defender a una patria representada por un Estado que no les dió medios de defensa.

Ahí tenéis también la escuela, donde ya no se forma el alma de los niños para que sean españoles y cristianos; nuestra escuela penetrada por el marxismo, que fué cauto para instalarse en la escuela en los dos años del Gobierno socialista y que no ha sido desalojado de ella en los dos años del Gobierno cedista y radical.

Ahí tenéis el Estatuto de Cataluña redivivo. El Estatuto de Cataluña, que si se dió honradamente, tuvo que darse sobre el supuesto de que en Cataluña ya no quedaban restos del virus separatista. Cuando una región está ganada por entero para la conciencia de la unidad de destino de la Patria, no importa que técnicamente sus organismos de administración se monten de una manera o de otra; pero cuando en una región perdura el sentimiento de insolidaridad con la unidad de destino de la patria, entonces no se le puede entregar un Estatuto, porque el Estatuto es una herramienta para aumentar el poder de secesión. Pues bien, si las Cortes Constitu-

yentes no fueron criminales, erraron el cálculo al dar a Cataluña el Estatuto; pero destruída la presunción de que Cataluña estaba del todo incorporada a la unidad de destino española con la rebelión de la Generalidad el 6 de octubre de 1934, había caducado toda decente justificación para que el estatuto se mantuviera; y, sin embargo, las Cortes de 1933 a 1935, tras de suspender tímidamente el Estatuto, dejaron abierta la puerta para que el Estatuto en todas sus partes, se restableciese.

Bienio estéril y melancólico

¡Política estéril la de este estéril y melancólico bienio! ¡Política estéril la de esos hombres que tuvieron en sus manos aquella magnífica ocasión del 6 de octubre! Tuviron en sus manos todo el poder, todo el poder que ahora piden con 180 candidatos, como os decía Julio Ruiz de Alda; tuvieron todo el poder y toda la asistencia. Fué un instante después de salvada España de la urgencia peligrosa, para levantar una clara consigna, para decirnos: «Ya que nos hemos salvado de este inmenso peligro histórico vamos, a emprender juntos una gran tarea». ¿Se hizo eso? En vano estuvimos esperando la consigna; en vano esperamos el desenlace. Aún dura el papeleo, aún duran los juicios orales y los Consejos de guerra. Sabemos que todo es un simulacro. No nos importa en cuanto a los humildes, no nos importa que absuelvan a los mineros enardecidos. Sabemos que su ímpetu revolucionario puede encauzarse un día en la revolución nacional española. No tenemos ningún rencor ni ganas de que se nos entreguen cabezas cortadas, ni hombres pendientes de la horca; pero nos subleva que de la revolución de Asturias y de la revolución de la Generalidad de Cataluña hayan venido a resultar responsables el sargento Vázquez y un pobre minero...

Y toda esta esterilidad en lo material y en lo espiritual, envuelta en un clima moral insoportable, en un clima moral del que fueron beneficiarios los hombres de un viejo partido y del que fueron demasiado tolerantes encubridores los hombres de otro. En España hacía muchos años que no se manejaban los caudales públicos y privados con el sucio desembarazo con que se han manejado en estos tiempos. Nosotros tenemos amigos y enemigos; nosotros sabemos que en todos los partidos hay gentes con quienes coincidimos más o con quienes coincidimos menos; pero ni aún a aquellos con quienes estamos entrañablemente discordes les lanzaremos a la cara la imputación de falta de honra

dez: sin embargo, nosotros, aquí, como en el parlamento, lanzamos la imputación de falta de honradez a algunos de los hombres que gobernaron en este bienio melancólico. Y yo, que en aquella última noche memorable de las Cortes tuve que hablar hasta las seis de la madrugada, después de poner en claro cifra por cifra cómo se preparaba un atraco de dos millones de pesetas contra el Tesoro colonial español, dije a las Cortes: ahora por bolas blancas y por bolas negras, vamos a decir no de la honorabilidad de este o del otro ministro, de este o del otro ex presi-

dente (sobre eso el pueblo español tiene ya formado su juicio); vamos a votar sobre el honor de estas Cortes, vamos a saber si estas Cortes reprueban o toleran que gentes salidas de nuestro seno cultiven así la inmoralidad. A las seis de la madrugada, cuando un amanecer lívido empezaba a teñir de un tono lechoso la claraboya del salón de sesiones, los diputados en fila fueron echando bolas blancas y bolas negras. Por un predominio de las bolas blancas sobre las negras, aquellas Cortes, en aquella madrugada de suicidio decidieron que no tenían honor.

de sus extravagancias, cada hombre era solidario de todos los otros. Como capitalista fué sustituyendo la propiedad humana, familiar, gremial, municipal, por la absorción de todo el contenido económico y proverbial de fominación, de unos grandes aparatos donde la presencia humana directa está sustituida por la presencia helada, inhumana, de título escrito, de la acción, de la obligación, de la carta de crédito, liberal capitalista, a no sentirnos ligados por nada en lo alto, por nada en lo bajo; no tenemos ni un destino, ni una Patria común, porque cada cual ve a la Patria desde el estrecho mirador de su partido, ni una sólida convivencia económica, una manera fuerte de sentirnos sujetos sobre la tierra. Los unos, los más privilegiados, nos hemos ido quedando en ejercientes de profesiones liberales, pendiente de una clientela movедiza que nos encomiende un pleito o una operación quirúrgica o la edificación de una casa; los otros en esta cosa tremenda que es ser empleado durante años y años de una oficina en cuya prosperidad no se participa directamente; los últimos en no tener ni siquiera un empleo liberal, ni siquiera una oficina donde servir, ni siquiera una tierra un poco suya que regar con el sudor, sino en la situación desesperante y monstruosa de ser proletarios, es decir, hombres que ya vendieron su tierra y sus herramientas y su casa, que ya no tienen nada que vender, han de alquilar por unas horas las fuerzas de sus propios brazos, han de instalarse, como yo los he visto, en esas plazas de los pueblos de Andalucía, soportando el sol, a ver si pasa alguien que los tome por unas horas a cambio de un jornal, como se toman en los mercados de Abisinia los esclavos y los camellos.

El capitalismo liberal desemboca necesariamente en el comunismo. No hay más que una manera profunda y sincera de evitar que el comunismo llegue: tener el valor de desmontar al capitalismo, desmontarlo por aquellos mismos a quienes favorece si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a desmontar el capitalismo, a implantar el orden nuevo.

Esto no es sólo una tarea económica; esto es un alta tarea moral. Hay que devolver a los hombres su contenido económico para que vuelvan a llenarse de sustancia sus unidades morales, su familia, su su gremio, su municipio; hay que hacer que la vida humana se haga otra vez apretada y segura, como fué en otros tiempos; y para esta gran tarea económica y moral, para esta gran tarea, en España, estamos en las mejores condiciones. Espa-

Invitaciones a la reincidencia

Después de esta experiencia, de la experiencia estéril de estos dos años, otra vez se nos convoca como en 1933, otra vez se nos llama para esto, porque viene el Coco? ¿Otra vez, ya alejados por el uso, esos melancólicos carteles que dicen: «Obrero honrado, obrero consciente» —que era un lenguaje apollado ya cuando se escribía «Juan José»: «obrero honrado, obrero consciente, no te dejes engañar por lo que te dicen tus apóstoles»? ¿Como si el obrero honrado y consciente no supiera que hasta que armó sus fuertes Sindicatos—donde hubo algún apóstol que quizá medró en política, pero donde hubo ánimo combatiente y medios numerosos—que hasta que tuvo esos Sindicatos y planteó la guerra, los que hoy escriben esos carteles no se acordaron de que eran obreros honrados y conscientes! Esos carteles donde se habla de todo, desde los incendios de Asturias hasta las toneladas de cemento que pensada emplear la C. E. D. A. en su plan quinquenal; pero de donde hay dos cosas totalmente ausentes: primera, la sintaxis; segunda, el sentido espiritual de la vida. Cemento, materiales de construcción, jornales, eso sí; aquello de antes, como ya se os ha dicho esta mañana, el Crucifijo en las escuelas, la Patria, la unidad nacional, ni por asomo. A última hora parece que se han acordado de que habían quedado fuera de los programas estos pequeños detalles y empiezan a salir algunos carteles que remedian, sino la sintaxis, al menos el descui-

do. Los carteles del miedo, los carteles de quienes temen perder lo material, los carteles que no oponen a un sentido materialista de la existencia un sentido espiritual, nacional o cristiano, los carteles que expresan la misma interpretación materialista del mundo, la interpretación esa que yo me he permitido llamar una vez el bolchevismo de los privilegiados. Para eso nos convocan; con la invocación de ese miedo, nos llaman y nos dicen: «Que se nos hunda España, que se nos hunda la civilización cristiana: venid a salvarla, echando unas papeletas en unas urnas». Y vosotros, electores de Madrid y de España, ¿váis a tolerar la broma de que cada dos años tengamos que acudir con una papeleta a salvar a España y a la civilización cristiana occidental? ¿Es que España y la civilización occidental son cosas tan frágiles que necesitan cada dos años el parche sucio de la papeleta de sufragio? Es ya mucha broma esta. Para salvar la continuidad de esta España melancólica, alicorta, triste, que cada dos años necesita un remedio de urgencia, que no cuenten con nosotros. Por eso estamos solos, porque vemos que hay que hacer otra España, una España que se escape de la tenaza entre el rencor y el miedo por la única escapada alta y decente, por arriba y he ahí por donde nuestro grito de ¡«Arriba España!» resulta ahora más profético que nunca. Por arriba queremos que se escape una España que dé enteras otra vez a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el pan y la justicia.

Una gran tarea

Una Patria que nos una en una gran tarea común; tenemos una gran tarea que realizar; España no se ha justificado nunca, sino por el cumplimiento de un universal destino y le toca ahora cumplir éste; el mundo entero está viendo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal; ya no puede más el mundo porque

el orden capitalista y liberal ha roto la armonía entre el hombre y su contorno, entre el hombre y la Patria. Como liberal convirtió a cada individuo en el centro del mundo; el individuo se consideraba exento de todo servicio; consideraba la convivencia con los demás como teatro de manifestación de su vanidad, de sus ambiciones o

ña es la que menos ha padecido del rigor capitalista; España—¡bendito sea su atraso!—es la más atrasada en la gran capitalización; España puede salvarse la primera de este caos que amenaza al mundo. Y ved que en todos los tiempos las palabras ordenadoras se pronuncian por una boca nacional. La nación que da la primera con

las palabras de los nuevos tiempos, es la que se coloca a la cabeza del mundo. He aquí por dónde si queremos, podemos hacer otra nuestra España. ¡Y decidme si eso no vale más que el ganar unas elecciones, que salvarnos momentáneamente de miedo!

El frente nacional

Para esta gran tarea es para lo que hemos vestido este uniforme; para esta gran tarea levantamos nosotros los primeros y los únicos las banderas del frente nacional. No nos han hecho caso. Lo que se ha formado es otra cosa. ¡Ya os lo han dicho otros! Raimundo Fernández Cuesta, Rafael Sánchez Mazas, Julio Ruiz de Alda, todos os lo han dicho. No es este el frente nacional, sino su simulacro. Para eso no estamos nosotros; para eso no formamos nosotros; contra eso levantamos nuestra candidatura suelta, contra la cual se esgrime ahora un último argumento de miedo: Se dice: «Estos son, al separarse de los demás, también cómplices de la revolución». Primero: ¿de qué revolución? Nos otros no queremos la revolución marxista

pero sabemos que España necesita la suya. Segundo: ¿Quién nos lo dice? Estos enanos de la venta que ahora hacen a la letra impresa lanzar baladronadas, ¿pueden decirnos a nosotros que somos cómplices de la revolución, cuando en Asturias, en León y en todas partes, nos hemos lanzado unos y otros a detener con nuestros pechos, y no con las palabras, la revolución comunista, y hemos perdido a los mejores camaradas nuestros?

Ahora mucho «no pasarán». «Moscú no pasará», «el separatismo no pasará». Cuando hubo que decir en la calle que no pasarían, cuando para que no pasaran tuvieron que encontrarse con pechos humanos, resultó que esos pechos llevaban siempre flechas rojas bordadas sobre las camisas azules.

Lo que no acatará la Falange

Y, por último, ¿qué se creen que es la revolución, qué se creen que es el comunismo estos que dicen que acudamos a vo-

tar todos sus candidaturas para que el comunismo no pase? ¿Quién les ha dicho que la revolución se gana con candidatu-

ras? Aunque triunfaran en España todas las candidaturas socialistas, vosotros padres españoles, a cuyas hijas van a decir que el pudor es un prejuicio burgués; vosotros militares españoles, a quienes van a decir que la Patria no existe, que vais a ver a vuestros soldados en indisciplina; vosotros, religiosos, católicos españoles, que vais a ver convertidas las iglesias en museos de los sin Dios; vosotros, ¿acataríais el resultado electoral? Pues la Falange, tampoco; la Falange no acataría el resultado electoral. Votad sin temor; no os asustéis de esos augurios. Si el resultado de los escrutinios es contrario, peligrosamente contrario a los eternos destinos de España, la Falange relegará, con sus fuerzas las actas de escrutinio al último lugar del menosprecio. Si después del escrutinio triunfantes o vencidos, quieren otra vez los enemigos de España, los representantes de un sentido material que a España contradice, asaltar el Poder, entonces otra vez la Falange, sin fanfarronadas, pero sin desmayo, estaría en su puesto como hace dos años, como hace un año, como ayer, como siempre.

¡ARRIBA ESPAÑA!

(Se profieren, en medio de mayor entusiasmo, los gritos de: «España una», «España grande», «España libre», Arriba España.»

La muchedumbre se disuelve, cantando el himno de la Falange.

El General Franco

Jefe del Estado español,

A DICHO...

A LA FALANGE ESPAÑOLA:

«Sois la mas fiel expresión de la hidalguía española, vosotros que no tenéis taras políticas, que estáis completamente limpios de los pecados que llevaron a España a la situación caótica que sufríamos, seréis los verdaderos regeneradores de la Patria. Vosotros devolveréis a España su grandeza. Por eso, con toda la fuerza de mis pulmones, grito con vosotros.

¡Arriba España!

El Jefe de la Junta de Mando de F. E. de las J. O. N. S., camarada MANUEL HEDILLA a los obreros y campesinos de la España roja

Trabajadores

Como Jefe de la Junta de Mando de Falange Española, voy a dirigirme a vosotros, OBREROS Y CAMPESINOS, con una familiaridad y una autoridad que difícilmente tendría otra voz de la España nacional. Esta familiaridad y esta autoridad nacen de mi condición de obrero y de mi cualidad de nacional-sindicalista. Y hay también como un deber que me obliga a dirigiros la palabra, porque yo conozco vuestras miserias y conozco vuestras necesidades; yo sé toda la feroz injusticia que ha abatido nuestra frente durante siglos. Sabed que otros dirigentes de Falange Española han sido y son obreros como yo y por esto vuestras privaciones y angustias nos son familiares. Nosotros sabemos de esas angustias materiales y angustias tremendas del espíritu; que la dignidad del hombre ha hecho sentir al trabajador.

Vengo a deciros con mi voz que no engaña, lo que es la Falange, qué quiere y dónde va. Porque vosotros no sabéis de ella más que lo que os han contado gentes pagadas por Moscú y a las órdenes de un país al cual nada le importáis vosotros, obreros y campesinos de España.

Después de que me oigáis, recogeos un instante a meditar por vuestra cuenta. Yo, por mi parte, reto a cualquiera de vuestros dirigentes a que me desmienta lo que voy a decir de Falange. Y le ofrezco un territorio neutral, el micrófono de una emisora y el tiempo que quiera para preparar argumentos contra

mi. Así, el mundo entero y sobre todo vosotros, diréis quién tiene razón.

Pero para esta controversia no debe venir uno de esos asalariados de Moscú, que hacen de la Revolución un instrumento de medro personal y de lucro, sino un obrero leal y honrado, con sus manos y su alma como las mías, pues mi historia y mi vida son honorables y sencillamente duras como las de cualquier hombre de trabajo.

El engaño marxista

Desde muy joven he tenido que ir a las fábricas porque tenía que atender a las necesidades de mi casa. Trabajé mucho y gané poco, sufriendo la ausencia de leyes que nos amparasen y teniendo que soportar otras que nos dejaban a merced de la codicia de unos patronos que se enriquecían como Crecos con la guerra europea. Fué por entonces cuando comenzamos a oír la palabra de los primeros propagandistas rusos y anarquistas. Prometían muchas cosas: «Convivencia entre los hombres de todo el mundo»; «cese de la explotación del hombre por el hombre»; la dictadura del proletariado». Hablaban muy bien del bienestar de Rusia, país sobre el cual nos era muy difícil comprobar la verdad. Vosotros, obreros y campesinos, conocéis igual que yo aquellas propagandas. Yo me interesé como todos por esas doctrinas; pero quise observar el rumbo y la eficacia de aquel medio que nos ofrecían para redimirnos.

Pronto comprobé la existencia de grandes lagunas y de no pocas esta-

fas políticas que venían envueltas cautamente en aquel maravilloso y seductor programa. Por de pronto, a cambio de prometernoslo todo, no se nos exigía nada: Sólo el pequeño esfuerzo material de una cotización; pero nada de contenido espiritual.

Se nos mostraba con la conquista de aquel bien, como si sólo el aumento de salario nos fuera a hacer felices a nosotros y a los demás hombres. Inmediatamente observé, además, que los obreros que con mayor entusiasmo acogían las nuevas ideas, eran los peores, aquellos que jamás sintieron dentro de su alma, a la hora del trabajo, la casi divina alegría de contemplar la obra perfecta. Aquellos que habían esterilizado la artesanía dentro de sus corazones, eran los que buscaban una manera de evadirse del torno o del banco, para convertirse en los más odiosos e intransigentes señoritos dentro de las organizaciones obreras y de toda la sociedad.

Se nos atraía con el relato de las maravillas de la Rusia soviética y se nos arrojaba, como alimento espiritual, la hcsca y siniestra literatura de unos hombres, cuyos apellidos no acertábamos siquiera a pronunciar, pero con cuyas predicaciones nos iba ganando el rencor, la tristeza y el ansia de destruir.

Para no ser pronto abandonados por las masas obreras, aquellos dirigentes anulaban de una manera vil y sólo nos hablaban de la fuerza bruta de la masa, de la huelga estéril, de derechos irrealizables no contrapesados por ninguna obligación. Debíamos redimirnos, no elevándonos en nuestro valor y digni-

dad, sino sacrificando a los demás sin que nuestro sacrificio fuese predicado el primero. Se quería establecer una equilibrada justicia hablándonos sólo de una venganza. Así no pude creer en aquellas predicaciones y decidí apartarme para siempre de aquella corriente que sólo podía llevar al triunfo personal a los malos obreros, que después de fanatizarnos y aniquilar nuestro derecho a una vida noble, querían convertirnos en una masa sin forma y sin destino, trepando sobre nuestros hombros para alcanzar ellos una vida cómoda y sin riesgo. Mi instinto de hombre me decía que hay que desconfiar del que promete sin pedir. Y no me engañé.

La observación serena de las realidades me decía que poco podía esperarse de cuanto viniera—ideas y hombres—de un lejano país semi-asiático, donde desde el comienzo de la Historia, toda opresión, toda crueldad y vejación tienen su asiento.

Poneos la mano sobre el corazón, obreros y campesinos de España, y decidme si me he equivocado en esto. Comprobad, camaradas, en qué consiste la llamada «dictadura del proletariado» allí nacida. Decidme si no es el más oprobioso régimen conocido. Es la dictadura de una minoría de los peores: de los que os amenazan con el fusilamiento si no vais a defenderlo. Yo oigo por vuestras emisoras, con vergüenza de español ofendido, las intimaciones para que vayais al frente, bajo pena de muerte, ordenadas por gente que ni sabe español ni siente la destrucción y el dolor de España.

Yo y tantos como yo habíamos soñado con que las palabras de redención salieran de los labios honrados de gentes sanas y honestas, de gentes españolas que fuesen las primeras en dar la cara ante la injusticia, las primeras en dar ejemplo de austeridad en su conducta; y no pudimos creer en hombres ansiosos de dinero y de confort, mientras que el obrero, anonadado y lleno de buena fe y esperanza quedaba abandonado a sus sufrimientos.

Os vuelvo a decir, camaradas: Poneos la mano sobre el corazón y decid si no os hablo con la verdad.

José Antonio

Andando los años, yo he analizado todos los movimientos societarios en busca del que realmente fuera honrado. No quise afiliarme a ninguno y así viví perseguido y celado por mis propios compañeros ya envenenados por el odio de Asia. Vino la Dictadura, vino la República: continué sin ilusiones.

Entonces fué cuando conocí a un hombre al que oí hablar como un iluminado de un Movimiento Nacional de obreros y campesinos. Vi que gastaba al servicio de sus ideas todo su caudal, para sostener la fe que predicaba. Me encuadré en sus filas, me habló de tú y me trató como camarada. Me prometió sobre todo el sacrificio continuo y yo sentí ante él y ante sus ideales nacer algo en mi corazón como un convertido a una nueva Fe. Un afán de justicia ardía en los ojos acerados de aquel luchador con unos reflejos de verdad que no me engañaban. Y lo que él quería era la redención del obrero y del campesino ennoblecido por la gloriosa condición de españoles. Y esto lo quería de una manera cierta y total. Yo comprendí enseguida que allí había sacrificio, verdad y justicia. Aquel hombre infatigable que daba la cara a la muerte, a la misión y a la ruina por defender su ideal de justicia era JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

Con toda mala fe procuraron vuestros jefes, tendenciosamente apartar vuestros oídos de lo que aquel hombre y sus discípulos os decíamos; y así llegásteis a tener de nosotros un concepto basado en lo que gentes que mentían os fueron formando. Se explotaba maliciosamente un apellido siempre honrado y hoy glorioso, para ligarle a errores de gobiernos pretéritos.

Sin embargo yo creí en aquel hombre como otros muchos obreros. Y sacrificué por la Fe que él predicaba cuanto podía ofrecerle, porque veía en nuestro Movimiento la redención de todos los trabajadores de la Patria ultrajada.

Fuí perseguido por los mismos obreros mis compañeros, mis iguales, y por aquellos gobiernos que veían en nosotros la semilla de un movimiento que había de ahogar para siempre la política mentirosa y llena de cizaña en la que sólo ellos medraban. Por el Nacional-sindicalista perdí como tantos obreros y como yo sintieron y comprendieron la verdad de nuestro Movimiento, mi trabajo, mi casa, y hube de andar algún tiempo recorriendo España sin poder dormir dos veces en el mismo lecho.

Quienes se dieron primero cuenta de la importancia de nuestro Movimiento, fueron precisamente vuestros dirigentes, los empresarios de la revolución, porque sabían la fuerza de nuestra verdad, de aquella verdad que ha ganado ya a miles de corazones a pesar de las infamias y mentiras lanzadas por vuestros jefes.

De Lenín, padre de esa revolución rusa que ahora padecéis y padece España, son estas palabras significativas que yo os repito para que conozcáis su alma:

«La mentira es una de las mejores armas de propaganda bolchevique».

Los discípulos de quien emitió tan perverso juicio os apartaron de la verdad naturalmente con la mentira, pues sabían bien que cuantos escuchaban la palabra iluminada y sin par de Primo de Rivera, si no llevaban en su alma prejuicios ni odios formados anteriormente, ingresaban en nuestras filas y abandonaban vuestros Sindicatos gobernados por los arribistas hambriento de cargo, de dinero y de bienestar. Era necesario, pues, emprender una campaña contra Primo de Rivera. Y la emprendieron los García Oliver, los Largo Caballero, los Azaña y demás individuos agrupados sobre vuestros hombros y que ahora todavía siguen chapoteando entre vuestra sangre para medrar. Hombres de este temple moral fueron los que os hicieron odiar a FALANGE tildándonos de señoritos, cobardes y dictadores.

Yo quiero contestar una vez más a tales mentiras y deciros lo que piensa FALANGE sobre estas cuestiones.

Queremos y necesitamos las nacional-sindicalistas la España Una, Grande y Libre en la que sólo haya una nobleza: la del Trabajo.

Nuestro Movimiento nace creador y pujante y viene a fundir una Patria nueva, joven y alegre y no cabe ni piensa en viejos moldes políticos que no sirvieron para dar forma a las necesidades creadoras del pueblo español. Los forjadores de nuestra Patria, los futuros dirigentes de nuestros destinos, saldrán de España, pues sólo pueden sentir los anhelos y necesidades de un pueblo los que forman parte de él y han sentido sus dolores y sus alegrías.

Otra infamia que os han hecho creer es la de que la FALANGE la constituyen una serie de señoritos preparados para defender a los grandes burgueses. Yo quisiera que viéseis la formación de nuestras Centurias que luchan en los frentes y los hombres que componen nuestros cuadros en la retaguardia, nutridos unos y otros por obreros y campesinos de la ciudad y de las aldeas más apartadas, alistados voluntariamente, ardiendo de entusiasmo para luchar bajo nuestra bandera.

En nuestras filas también forman empleados, estudiantes y también nobles y burgueses que sienten la dignidad de nuestro Movimiento que es de unión y amor y no desprecia ni excluye a nadie. Nuestro himno y nuestras consignas llenan el ámbito de nuestra nación del alegre y juvenil estilo de la FALANGE, matiza las vidas de las ciudades y del campo, mientras nuestra bandera roja y negra en las rudas manos de los obre-

ros se cubre de gloria en cien combates.

También dicen que somos unos cobardes. Y lo dijo precisamente García Oliver poco antes de estallar el Movimiento. García Oliver y los suyos saben mucho de cobardía sin duda alguna. La han practicado. Pero nosotros desde que nació el Movimiento, hace años, hemos estado clavando uno a uno en la Historia nombres de héroes, asombro de valentía, de decisión y de coraje. Vosotros mismos, sobrecogidos de pasmo habéis visto a nuestros muchachos imberbes jugar con la muerte, impávidos y heroicos en la defensa del ideal. En la proporción de uno contra mil el valor sereno de los nuestros os ha espantado mil veces. Hemos penetrado cuantas veces hemos querido en los propios cubiles del bolchevismo, allí donde el oro que se niega al campesino ruso para su pan se convierte en armas y en literatura para destruir la civilización de Occidente. Alentados por el contenido heroico y militar de la FALANGE, nos hemos defendido contra cientos y cientos de vosotros, contra los esbirros de los Gobiernos que os adulaban para llevaros luego a la ruina. Y han sabido caer en todas las calles de España, cara al sol y con el nombre de la Patria en los labios, cientos de camaradas nuestros que con el último suspiro ratificaban nuestras consignas encaminadas a vuestra redención.

Obreros de toda España: La tierra de la Patria guarda como una semilla sagrada el despojo mortal de esos camaradas falangistas que hoy hacen la guardia sin relevo de los héroes. ¿Qué saben de valentía esos dirigentes vuestros que se esconden como mujeres y que huyen al extranjero mientras os ponen a vosotros cerca del látigo ruso para llevaros a la muerte?

En FALANGE los jefes saben morir y saben dar cara alegre a la adversidad. Y por último dicen que queremos instaurar una dictadura.

Y lo dicen los que siempre han predicado la «dictadura del proletariado», y con ellos lo dicen los anarquistas, que después de haber abominado de las dictaduras obran como los más tiranos dictadores tan pronto como se encuentran en el poder. Ahogan con sangre todo intento de protesta y se fusila sin piedad a todo el que inicia la menor disconformidad con su apetito. Simulan ser enemigos de las dictaduras los que sólo tienen como argumento de sumisión a sus ideas de exterminio, el plomo de los fusiles.

Indigna y trágica farsa de unos malhechores ávidos de oro y de mando que para conseguir sus fines asesinan en masa y se levantan como monstruos del mal sobre montones de cadáveres. Esos son vuestros dirigentes. Contemplad cómo en el momento justo huyen con su botín y os dejan abandonados, convertidos en guñapos humanos tras haber logrado sus torpes ambiciones. ¿Y qué es eso, sino la peor de las dictaduras?

Nosotros, lo que queremos es que mande y dirija el mejor. El mejor en cerebro, en voluntad y sobre todo en generosidad. El que veamos que no tiene

ambición y que practica en su vida todo lo que predica en la calle. Sostenemos con energía que hay alguien que tiene que dirigir, pero exigimos que sea el mejor; aquél capaz de hacer de su vida el ejemplo para las vidas de los demás. A esto llamadlo como queráis.

Obras

Ahora os voy a hablar de la obra de FALANGE ESPAÑOLA. No creáis españoles todos que permanecéis en la España roja que FALANGE sólo piensa en reclutar milicias para ir a la guerra. Es nuestra preocupación continua cumplir lo que hemos prometido en lo que se refiere a nuestro programa social antes de la revolución y después de la revolución.

Hemos organizado Sindicatos con miles de obreros con los que luchamos y lucharemos, no sólo para que todas las mejoras sociales obtenidas anteriormente sean mantenidas, sino para que la justicia social—que es bien distinta de la caridad burguesa—sea un hecho. Así, inexorablemente, la FALANGE cumplirá lo prometido. Y lo cumplirá porque jamás retrocedimos por nada.

Sólo sentimos la pobreza en que van a dejaros los dirigentes que tenéis. Ellos no han conseguido más mejoras para vosotros que la de invitaros al crimen y al asesinato desenfrenado, en tanto que para sí guardaban los tesoros milenarios de la Patria: el oro de los Palacios, los Bancos y las Iglesias; las obras de arte, los libros raros y preciosos que nuestra España poseía como legado de su cultura y las generaciones.

Y sentimos también los muertos que

Brazos abiertos al obrero y al campesino.

Que sólo haya una nobleza: la del trabajo.

Que sólo haya una clase: la de españoles.

Que desaparezcan los caciques de la industria, del campo, de la banca y de la ciudad.

Que sean extirpados los hogalzones.

Que haya trabajo y bien retribuido para todos.

Que el Estado se cuide de vuestros hijos como sangre propia.

Que ninguna de las mejoras sociales conseguidas por los obreros queden sobre el papel sin surtir efecto y se conviertan en realidad.

Estas son, trabajadores que me escucháis, las consignas de FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N-S. Bajo ellas se agrupan ya millares y millares de obreros del territorio liberado que en nuestras poderosas organizaciones sindicales conquistaron ya los tres dones por los que los nuestros han muerto y están muriendo:

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA.

aún habrá. Tal vez será, trabajador que me oyes, la sangre joven de tu hijo, de tu hermano o de tu padre, la que regará el suelo de España sagrado para ti y para mí, mas no para el ruso a quien obedeces.

Abre los ojos, trabajador de España. Huye de ese infierno; acórtalo. Deserta de esas filas; no sirvas a extranjeros a quienes no conoces y a quienes no interesan tus males. Acude a la nueva España que nace y que el Nacional-sindicalismo ha de forjar. Os esperamos como hermanos.

El día en que nuestros ejércitos de obreros y de campesinos españoles como vosotros, entren en Madrid y en Barcelona; el día que en todo el resto de España ondee nuestra bandera, en vez de la rusa bajo la cual lucháis al lado de bandas internacionales de asesinos, entonces; trabajadores que no habéis sido criminales y que sólo engañados habéis tomado las armas, ¡acudid a nosotros! Ingresad en la FALANGE que se creó para redimir y salvar a la Patria y donde no se os ha de preguntar el color político de vuestras ideas anteriores.

Nada nos importa el pasado, cuando se elige luego nuestra ruta sana y recta. En nuestras filas caben como camaradas todos los que sientan nuestras consignas y el deseo de redimir a la Patria.

Por si no conocéis esas consignas, oídlas nuevamente: Por ellas se ha regado España con la sangre de nuestros mártires y por ellas luchan millares de trabajadores falangistas contra vuestros tiranos.

Escuchad:

A ellos os invita FALANGE por medio de mi voz sin retórica; porque es la voz de un obrero español que conoce vuestra tragedia.

Ahí va, pues, mi mano. Mi mano abierta como símbolo de paz, frente al puño crispado, símbolo de terror. Quedo aguantándoos, camaradas trabajados de la España roja.

Tip. A. Guerra.-Benavente

Precisamente para que un pueblo no se disluya en lo amorfo—para que no se desvertebre—la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas. JOSÉ ANTONIO.